

I T E R
VOL • XVIII
ENCUENTROS

ISBN 978-956-7062-54-6

ISSN 0718-1329

La injusticia y la justicia en el *Áyax* de Sófocles

GILDA PANDOLFI SETTI



La injusticia y la justicia en el *Áyax* de Sófocles

GILDA PANDOLFI SETTI
Departamento de Castellano
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
gonse@vtr.net

Desde las sombras y luces de los fragmentos sobrevivientes, vestigios de las obras a que dio origen la rica tradición de la guerra de Troya, nos llegan relámpagos, anteriores o tardíos a la gran epopeya homérica, sobre sus grandes héroes y hazañas.

Sófocles, recoge en los brazos de su pluma al héroe yacente, a *Áyax*, en el momento de la muerte de su gloria.

Áyax, el más grande héroe griego tras Aquiles en La *Ilíada*, la tradición del Ciclo Troyano lo prolonga en una historia trágica, acosado por la injusticia y la envidia de los dioses y los hombres; por el aislamiento, por la soledad a que lo reduce su personal grandeza.

La tragedia de Sófocles va a plantear la tragedia de la grandeza humana, de la aspiración ascensional del hombre, el logro de su superior dimensión, y la injusticia y el rechazo de inmortales y mortales, al salto más allá del límite que el hombre es capaz de dar.

Del caudal trágico griego recogemos ésta, que surgida de un fondo lejanísimo, se hace dúctil mensaje de nuestro tiempo.

Prólogo

El texto trágico de Sófocles se inicia en el campamento de los griegos en el contexto de la guerra de Troya. Odiseo, al acecho de unas huellas, está ante la tienda de Áyax procurando constatar si le pertenecen, y sea él quien ha cometido una increíble acción contra los griegos: destrozado y dado muerte a los rebaños del botín griego y a los guardianes de la majada.

Se ha oído decir que un testigo lo vio, “dando saltos por la llanura con la espada aún chorreante”(vv. 30-31).

Atenea, invisible, aparece desde su voz, y confirma a Odiseo lo sospechado: “Sí, pues esas acciones son obras de este hombre; vejado por el resentimiento a causa de las armas de Aquiles, arremetió contra el rebaño creyendo que manchaba sus manos con vuestra sangre. Estando a la puerta de los jefes yo se lo impedí, infundiéndole en sus ojos falsas creencias de una alegría fatal y le dirigí contra los rebaños y el botín, que mezclado y sin repartir, guardan los boyeros” (vv. 39 y ss.). La diosa, imprimiendo en Áyax locura, lo empuja a los rebaños de ovejas y carneros haciéndole creer son sus enemigos.

Atenea le proporciona a Áyax la alegría en el triunfo de una supuesta venganza lograda, que en cambio le va a ser fatal; y agrega, gozosa, la diosa: “yo le incitaba, le empujaba a la trampa funesta” (v. 61).

Las palabras de la diosa nos remiten a la tradición del Ciclo Troyano, la Etiópida y la Pequeña Ilíada, que prolongan la historia del héroe más allá de La Ilíada, y en cuyo momento crucial lo coge el poeta trágico para culminar su vida.

Tras la muerte de Aquiles, Áyax y Odiseo luchan por la recuperación de su cuerpo, y cada cual cree haber sobresalido en la acción. Se somete a juicio la actuación de los dos héroes, para dirimir su mayor excelencia y adjudicar el premio del combate: las armas de Aquiles. Un juicio injusto, no objetivo ni imparcial, amañado odiosamente por los Atridas y Atenea, con un jurado compuesto por Atenea y troyanos, según la tradición, le dan indebidamente el triunfo a Odiseo y le asignan las armas que correspondían por derecho propio a Áyax.

Áyax ha sufrido grave injusticia. Es él quien ha sacado a Aquiles del campo enemigo sobre sus hombros y bajo una lluvia de flechas. Áyax ha sido ofendido en lo más íntimo de su ser, se le ha desconocido la alta preeminencia de su *areté*, y por tanto de su honor.

Áyax está frente a lo que, para el mundo de la aristocracia homérica, es la mayor tragedia humana: la falta de reconocimiento del propio honor.

“Vejado por el resentimiento a causa de las armas de Aquiles” (v. 41), como dice Atenea, Áyax decide vengarse, derecho reconocido por todos los griegos. Se inicia así, el proceso de injusticias, que eslabonadas unas tras otras, van construyendo la ruta de la destrucción del héroe.

Son los hechos que se narran en el Prólogo.

La diosa cuenta a Odiseo su participación en la locura de Áyax, imprimiendo a su discurso la alegría que la invade. Goza la destrucción de Áyax, y más que salvar a los griegos de la muerte, su intención ha sido la ignominia del héroe. Se siente en el texto el odio de los dioses contra Áyax; y si grave es para el héroe el odio de los griegos, más grave es aún, el odio de Atenea, y tanto uno como otro, preexisten al desastre de los rebaños.

El odio de la diosa induce a Odiseo a ver a Áyax en su delirio y a que éste se exponga ante él, para reproducir a los demás el estado miserable del héroe, pero Odiseo se resiste; Atenea lo impulsa a reírse: “reírse de los enemigos, ¿acaso no es la risa más grata?” (v. 79). Atenea insiste, ahora con Áyax, lo llama, quiere que salga de su tienda, y simulando ser su amiga, hace que Ayante se presente y ufano se vanaglorie de su hazaña vengadora, seguro de haber dado muerte a Atridas y griegos: nadie podrá ahora deshonrarle y quitarle sus armas. Atenas se enorgullece del éxito de su empeño, ha logrado que el propio Áyax narre su ridícula batalla y se exponga en tan miserable situación.

Odiseo reacciona y reflexiona:

Le compadezco, infortunado, porque está amarrado
a un destino fatal, y no pienso en el de éste
más que en el mío, pues veo que cuantos
vivimos nada somos sino fantasmas o sombras vanas.

La diosa sentencia:

Nunca digas tú mismo una palabra arrogante
contra los dioses, ni te vanaglories si estás
por encima de alguien, o por la fuerza de
tu brazo o por la importancia de tus
riquezas. Que un solo día abate y,
otra vez eleva todas las cosas de los
hombres. Los dioses aman a los prudentes
y aborrecen a los malvados.

La diosa odia la superioridad alcanzada por Ayante.

Queda en el Prólogo esclarecido el sentido trágico del destino humano, sujeto a la voluntad, la cólera, el partidismo, la injusticia de los dioses, que pueden abatir un día y elevar al otro, la suerte de los mortales. La sentencia es de un peso aplastante para el hombre que frente a su existencia, se dirige a la más elevada excelencia, y sin embargo, también esto puede ser motivo de cólera divina.

II

Sófocles, que inicia su tragedia con el héroe ya caído, tiene buen cuidado de presentar a Áyax, desde las primeras líneas del Prólogo, como el héroe homérico que es.

Es Atenea quien se obliga a reconocer el valor de Áyax, al aludir a Odiseo la ubicación de su tienda.

También ahora te veo junto a la marina tienda de

Áyax en la playa —que ocupa el puesto extremo— (vv. 3-5).

La *Ilíada* describe el campamento griego, cuyos extremos, E y O, siendo los más peligrosos, estaban ocupados por las tiendas de Aquiles y de Áyax: los griegos confiaban su seguridad a sus dos más grandes héroes. Un valerosísimo guerrero era, entonces, Áyax, después de Aquiles.

Unos versos más adelante, es ahora Odiseo, el que se refiere a la dimensión heroica de Áyax y lo ha llamado: “Áyax, el del gran escudo” (v. 19); su escudo era, entre sus armas, la que le habría procurado la gloria mayor, repeliendo el avance de los troyanos victoriosos, impidiendo a Héctor la destrucción del ejército griego, o respondiendo él al soberbio desafío a que Héctor reta a los griegos en el Canto VII.

También es homérica la imagen de Áyax que trasmite Odiseo, de los que dicen lo han visto “dando salto por la llanura con la espada aún chorreante” (vv.30-31). Los que dicen haberlo visto tienen en su retina, no sólo la supuesta imagen del momento, sino que la que el honor de Áyax trasmite: corpulenta, imponente, grande, potente y heroica, que se recorta en el fondo de la llanura, con su espada de combate en la mano. Aún, en el momento en que se quiere vilipendiar su imagen, se sobrepone a ésta, la visión de su areté.

Odiseo, aunque odia a Áyax, siente que una fuerza divina debía haberlo golpeado, porque es incomprensible, de otra manera, entender lo sucedido.

En el Prólogo se establecen dos ideas: Áyax es un héroe, que odiado por los dioses, está destinado a sucumbir. El contraste entre la grandeza de Áyax y su miserable suerte, que está en el centro de la tragedia, y que está ya delineado por los dos discursos de Atenea y Odiseo, manifiestan la miseria del destino humano frente a la voluntad de los dioses.

Pero, ¿quién es Áyax?

Áyax es un aristócrata, es un *aristoi*, es uno de los mejores.

Áyax es la realización del modelo de hombre superior, contenido en los ideales de excelencia de la areté a que aspira el mundo aristocrático de la Grecia arcaica, y se constituye en el atributo propio de su nobleza. Señorío y areté insuperablemente unidos.

Su areté moldea tanto su coraje y heroísmo como los principios de una conducta selecta, de grandeza en el porte total de la vida, que lo obliga a un sentimiento de deber frente al ideal que se sitúa como modelo ante el individuo, y el sentimiento de orgullo que de ello deviene.

Áyax alcanza la excelencia de la areté, no sólo como triunfo ante el adversario, sino como el mantenimiento de una perfección conquistada en el dominio de la propia persona; en la consagración de su vida y su esfuerzo a una lucha incesante por la perfección de la propia personalidad; y al logro de la supremacía entre sus pares, alcanzando la dignidad del honor y la gloria.

La areté, la aristía, el honor, la soberbia, el orgullo, la gloria, la inmortalidad, son los hilos que tejen y destejen el tapiz de la vida de Áyax, como héroe homérico.

La pluma de Homero, va y viene en los episodios épicos de La Ilíada, con el detenido tiempo que cada gesto merece, y demoradamente, nos descubre a Áyax en la contienda y en la deliberación, en los acuerdos y las votaciones, en los preparativos, los duelos, las batallas campales, sus arengas y decisiones como guerrero.

Su corpulencia y fuerza extraordinaria, sus grandes zancadas, sus ágiles movimientos, su enorme escudo, su destreza y coraje, le proporcionan la imagen gigantesca de "torre" que el héroe cobra en los episodios heroicos del poema.

En la batalla, Áyax no sólo da muestras de coraje y destreza, sino de nobleza y porte aristocrático; en el trato con los héroes, en la conducta

noble y señorial, en las palabras elevadas y dignas, en la altura de un porte como actitud total de vida. Es el héroe en la defensa de las murallas y de las naves, es el salvador del ejército griego; su voz arengadora, su llamada al honor y la gloria son eternas.

En el Prólogo se han dado, en forma de racconto, tanto en las palabras de Odiseo como en las de Atenea, los elementos que se constituyen en tragedia: la estatura homérica de Áyax, el héroe vejado en su honor por falta de reconocimiento, la hostilidad de los dioses y griegos, la injusticia y su efecto sobre el honor y la gloria del héroe.

Entrada del Coro

El coro hace su entrada y con su ingreso comienza la tragedia.

El coro, formado por los marineros de Salamina, se dirige a Áyax con la cuidada consideración que corresponde a su honor y linaje: "Hijo de Telamón, que tienes por trono a Salamina" (v.134). Con estas expresiones el poeta exalta el contraste, entre lo que el héroe es y el "vehemente y malsonante lenguaje de los dánaos" (v. 137), que se refieren al deshonor de Áyax, y que alarmado denuncia el coro:

Tales maledicientes palabras ha inventado Odiseo, y las
Dice en los oídos de todos, y todo el que le escucha
Se complace en injuriarte. (vv.148-154)

El coro ama a su rey, goza con su felicidad y padece con sus sufrimientos, y " cuando Zeus te golpea o cuando te ataca el malsonante lenguaje de los dánaos, gran temor siento y espantado estoy como la mirada de una alada paloma (vv. 134-140). Ahora, en la noche que termina, incesantes voces nos llegan, voces de deshonor. Dicen que tú, irrumpiendo en el prado, has dado muerte a las reses y acabado con el botín, matándolo con su espada".

El énfasis del discurso cae sobre la palabra que se refiere al deshonor: la palabra trágica.

Áyax es un megathimoi, y conocido es su honor y su gloria. Todos saben que todas las pasiones de su vida convergen en su afán de gloria; que la gloria se justificaba con su vida; saben que un solo modo hay para golpear mortalmente a Áyax, el destruir su gloria, y justo, en su gloria ha sido herido. Por ello el coro se siente atemorizado como mirada de alada paloma.

El coro intuye la razón de la hostilidad hacia Áyax:

El dardo apuntando a los espíritus grandes, no puede errar.
Pero si tales cosas se dijeran contra mí, no convencerían.
La envidia se desliza contra el poderoso.

El coro conoce la soledad de Áyax y la hostilidad hacia él, y relaciona este destino con la grandeza del alma del héroe.

En el parodo regresan dos motivos que ya se habían expresado en el Prólogo: la condición homérica de Áyax, que ahora se precisa en la idea de que en la gloria vivía Áyax y en la gloria era herido; y el motivo de la soledad de Áyax, que aquí se concreta, nace de la envidia porque Áyax tiene un alma grande.

El coro quisiera que Áyax saliera de la tienda y enfrentara a sus enemigos y desmintiera lo que, murmurando Odiseo, va “atravesando valles y vientos, carcajeándose todos en sus lenguas, con dichos que causan vivo dolor” (vv.199-201). Pero el coro no sabe que Áyax no puede hablar porque está herido de muerte.

Aparece Tecmesa, esposa de Ayante y madre de su hijo. Tecmesa dialoga con el coro, transmitiendo a los fieles marinos salaminos, los motivos que tienen para gemir los que se preocupan por la suerte de la casa de Talamón desde lejos, y cuenta la desgarradora situación del héroe.

“Porque, ahora, el fiero, el grande, el robusto Áyax, yace afectado por turbulenta agitación”, y agrega al coro: “te vas a informar de un suceso que equivale a una muerte”. (vv. 215-216) Preso de un ataque de locura, nuestro ilustre Áyax ha quedado en esta noche deshonorado. Dentro de la tienda puedes ver víctimas bañadas en sangre, degollados por su mano, sacrificio de ese hombre” (vv.215-221).

Tecmesa intuye que Áyax, enloquecido por la diosa y lanzado contra los rebaños, ha perdido la razón misma de su vivir.

El coro presente el trágico desenlace; “que noticias de este fiero varón, insufrible y sin escapatoria me confirmas [...] ¡Ay! Siento temor ante lo que se avecina! Este hombre a la vista de todos, morirá...” (v.230).

Las dos intuiciones, unidas en una sola nota, preparan la narración del despertar del héroe.

Es Tecmesa, que revive más que narrar, los acontecimientos de la trágica noche y del alba en que Áyax, a altas horas de la noche, cuando ya

se han apagado las hogueras, se dispone a salir con la lanza en la mano. Sus palabras completan así, la narración de Odiseo y Atenas en el Prólogo.

Áyax reacciona a la injusticia del juicio sobre su honor y decide su venganza. Está en la plenitud de su juicio y de su razón cuando se apresta a salir. Tecmesa, poseída de inconsciente temor, trata tiernamente de retener a su esposo y señor:

Qué haces Áyax, porqué sin ser llamado ni convocado por mensajero ni por trompeta alguna, te lanzas al ataque? Ahora todo el ejército duerme.

Áyax, con toda su autoridad de gran señor, la calla: “mujer, el silencio es un adorno en las mujeres” (v.293). Es él, Áyax, el guerrero, el rey, el señor; no es hombre que se deje detener por una mujer.

Áyax está en la plenitud de su juicio y el dominio del sí mismo: ofendido, herido, airado, soberbio, cuando pronuncia la severa y solemne admonición, pero en la plenitud de su razón y de su señorío. Sale a vengarse, en la convicción de cumplir un acto sagrado en la justa venganza y reparación de su honor y gloria ultrajada, la más alta dignidad de su areté.

Las expresiones del coro y de Tecmesa dan cuenta de un antes y un después: antes, el fiero, el grande, el robusto, el ilustre Áyax; ahora, uno que yace próximo a la muerte.

El prestigio y alto honor de Áyax se confirme por todos los que bien le conocen; Áyax es un megathimoi, es un hombre por encima de lo común de los hombres; así el coro intuye la participación de los dioses en el estado de Áyax, porque Áyax como hombre, es uno que nunca, por su propio impulso, “te has apartado de razón como para arrojarte entre rebaños. Un mal divino debe haberte llegado” (vv.183-185).

Áyax ha comenzado a calmarse y el coro cree entender que los graves males comienzan a desaparecer. Tecmesa, que ha percibido que Áyax, perdido su honor, ha perdido la razón misma de vivir, le explica al coro que ahora, vuelto en sí, Áyax está hundido por completo en fatal abatimiento.

Áyax vuelve en sí, el poeta va modulando con delicadeza y piedad el lento regreso al juicio del héroe y a la conciencia de lo acontecido. Áyax se encuentra en medio de los estragos hechos, patéticos restos de animales sangrantes, colgados, amarrados, descuartizados, azotados,

abiertos en canal, cual si de hombres se tratara. Áyax mira a su alrededor y, golpeándose la cabeza, ha dado un grito de angustia; hundido entre los despojos, se arranca el cabello con las manos y uñas. Después se ha quedado un largo tiempo mudo, y obliga a Tecmesa a contarle lo que ha hecho durante su ceguera.

El drama narrado adquiere gran intensidad, en la larga y piadosa evocación de Tecmesa; el Commós se estremece con la imagen de la soledad del héroe y su herida mortal:

“Durante mucho tiempo se mantuvo sin hablar; apenas supo todo prorrumpió en penosos lamentos; se quejaba sordamente, sin proferir agudos gritos (vv.312 y ss).

La soledad de héroe se hace casi concreta en el silencio que sigue al grito de angustia, interrumpido por sordos gemidos. Poderosa es la imagen de Áyax, ahora consciente de sus actos, inmóvil en medio del destrozo, mudo por largo tiempo, innecesaria su voz para expresar el tormento de lo que no tiene remisión: su vida devastada.

Áyax está herido de muerte; la ofensa y agravio sufrido a su honor en el injusto juicio de las armas de Aquiles, y ahora, el ataque certero apuntando a su gloria, cumbre de su *areté*. Áyax está herido de muerte, ha meditado en la ofensa, en el artero engaño; los Atridas, amañando engañosamente los votos cual miserable ladrón, como Teucro se lo reprocha severamente a Menelao frente al cadáver de Ayax. (vv. 1135-1136). Atenea, induciendo a la muchacha troyana a falsear su recto juicio sobre el coraje de Áyax, observado desde las murallas de Troya desde donde ha contemplado la batalla por Aquiles, como lo trasmite la tradición. Áyax ha meditado una venganza, pero ha sido de nuevo atacado, ahora por la diosa. Si antes el ataque estaba dirigido a desconocer su honor, ahora está dirigido a destruir su gloria con el ridículo.

Áyax gime como toro herido. La pérdida de su honor y de su gloria, es la muerte, y la perpetra la injusticia.

Tecmesa siente que Áyax está meditando una terrible decisión, por eso sale y pide ayuda al coro, le ruega entrar y calmarlo. El coro y Tecmesa están conmovidos por el dolor de Áyax y la imagen que suscita: el contraste entre la gloria pasada y la miseria presente de su señor. El coro escucha el relato de Tecmesa y el lamento de Áyax, e intuye que el héroe ha enloquecido por sus males.

La tienda se abre y aparece Áyax, miserable, en medio de los despojos. Él, que nunca antes se ha lamentado, dice ahora palabras de lamento; él que no ha pedido jamás ayuda, pide ahora ayuda a sus marineros e invoca a Teucro lejano.

Áyax no se dirige a Tecmesa, a sus marineros habla, a soldados habla, a los que han sido sus compañeros en la lucha y en la gloria, habla. Ellos solo podían entender la angustia y la miseria de su destino; sólo ellos podían ser “fieles a una recta ley”, la de la lealtad a la amistad que los demás habían quebrado. Pide a sus marinos que le den muerte: “¡Ea, degolladme” (v.360).

Ellos sólo podían, tal vez, entender que la gloria de Áyax había muerto, y que muerta la gloria, también la vida del alma había terminado y él no podía sobrevivir. Había afrontado al enemigo sin temblar; había sido valiente, magnánimo, temerario también, pero ahora, había llevado la guerra, él, el intrépido, contra animales indefensos, convirtiéndose en motivo de risa. La oleada de risas de sus enemigos, los Atridas y Odiseo, los Tersitas y los griegos todos, lo sumergen.

La nota más fuerte del commós está en la imposibilidad de Áyax de soportar la risa deshonorosa de los griegos, a que ha estado destinada la trampa a que lo conduce Atenea: reírse del enemigo, dice la diosa a Odiseo en el Prólogo, ¿acaso no es la risa más grata?

Cuando el coro, que oye su propósito de muerte, lo amonesta no acrecentar su sufrimiento ofreciendo un mal remedio a la desgracia, Áyax, analiza lúcidamente a sus amigos su terrible situación:

Ves al intrépido, al animoso, al que en destructores combates
no tembló jamás? A mí, terrible por mis manos,
entre animales que no producen temor. ¡Ay
de mí, motivo de irrisión! ¡Como he sido ultrajado! (vv. 364-367)

El discurso de Áyax pone en la nota más alta, lo inconcebible de la situación en que ha caído: Cómo él, el salvador de los ejércitos griegos, el defensor de las murallas y de las naves; cómo él, entre los rebaños de ovejas creyendo ser guerreros. ¡Cómo era posible decir que la vida podía ser para él, preferible a la muerte! ¡Cómo podía Áyax revivir su locura y pensar en su miserable situación, sin sentir vergüenza y angustia! Privado de su honor, ha perdido la razón misma de vivir.

Áyax sigue pensando en la muerte ;no hay lugar para él! Pide al Erebo y al mar que lo reciban, ya no quiere más conservar el aliento.

Áyax, en su aspiración a la *areté*, ha conquistado el honor que asegura su propio valor, al ser honrado por los demás en su reconocimiento como lo más alto. Pero, contrariamente, la negación del honor en los códigos del mundo de la nobleza homérica, se constituye en la mayor tragedia humana. En el empeño en distinguirse de los demás y en la aspiración al honor por la aprobación de los otros, los griegos vieron la tensión de la persona a lo ideal y sobrepersonal, donde el valor empieza.

Así, el sentido del honor cobra un peso extraordinario como expresión de la propia *areté*, que se perfecciona sólo en la muerte del héroe y se perpetúa en su fama, es decir, en la imagen de su *areté* que lo sigue después de su muerte, tal como lo acompañó y lo dirigió en la vida.

Es en esta articulación de la idea del honor y de la gloria, donde radica la gravedad de la ofensa hecha a Áyax: el haber denegado el honor de una *areté* prominente. El gesto y sus consecuencias son el principio fundamental del fermento trágico en la visión de Sófocles. En el parodo se ha dado cuenta cabal del triunfo de la injusticia, logrado en la pérdida del honor del héroe.

No ha podido la tradición épica transmitirnos una situación más devastadora de un héroe: la ridiculización del heroísmo. Ha puesto al héroe, al megathimoi, en ridículo; la más destructora de las situaciones, la más ultrajante de toda dignidad, ;cómo a él!, el imbatible, el fornido brazo que sujeta el redondo escudo; al que piden arengar a los ejércitos cuando éstos desmayan; al que acuden cuando la batalla empieza a tener grietas.

El ridículo, poderosa imagen degradante, ha hecho miserable la grandeza; risible lo digno; burlesca la excelencia; grotesco lo respetable. ;Qué gran destructor de la *areté*, el honor y la gloria, pone en movimiento la tradición arcaica contra Áyax!

En la evolución que va desarrollando el dinamismo de la injusticia, se perpetra el resultado de una nueva injusticia, tan injusta como la primera injusticia que lo produjo: el grave desajuste entre la verdad y la respuesta necesaria a esa verdad; el reconocimiento de la excelencia y del honor del héroe.

Qué bien sabía la diosa de "aterradora mirada", lo mortal de su engaño, al poner a Áyax en la situación contraria a la de su heroísmo y aristocracia: enfurecido, ciega su razón, vociferante, grotesco, dando

golpes de espada heroica a animales, vengando su ultraje en ovejas y carneros. Era la muerte del héroe.

En la antiestrofa 3ª Áyax proclama una orgullosa afirmación de sí mismo, consciente plenamente de su alto honor y del ultraje mortal recibido.

¡Sépallo esto todo el que entienda! ¿Oh vecinas
corrientes del Escamandro, favorables a los argivos!
Ya no veréis este hombre –voy a hacer una
orgullosa afirmación- a un hombre cual
Troya no ha visto ningún otro en el ejército
que vino de la tierra helénica; y ahora, en cambio,
deshonrado, yace aquí (vv. 416-426).

La conmovedora y solemne intervención de Áyax ante sus marinos, revela la vuelta en sí del gran señor, consciente de sí mismo.

En este importante parlamento, monólogo de sus angustiosas inquietudes, reafirma las convicciones de sí mismo: la seguridad de sus hazañas y valía, el reconocimiento de su honor, el ultraje mortal a su gloria y el de ser el más grande héroe griego con Aquiles.

Si Aquiles viniera,
y fuera a adjudicar a alguien con sus armas el premio del heroísmo,
ningún otro que no fuera yo se la hubiera llevado (vv.443-445).

Áyax está en una situación de miseria y dolor extrema. Piensa en el linaje recibido de su padre, Talamón, premiado con los primeros galardones del ejército; ha venido a Troya y regresado a su tierra cubierto de gloria; y él, con un arrojo no inferior y, habiendo rendido no menores servicios con su propia mano, muere así, deshonrado por los argivos.

Privado de la gloria, la vida se ha convertido para él en tinieblas, y las tinieblas de la muerte le aparecen como un refugio luminoso.

Y, ahora, ¿qué debe hacer? Áyax analiza su situación entre los demás; revela la soledad en que se encuentra, el aislamiento en que queda, la hostilidad de los griegos, de los reyes y los dioses para con él. Aborrecido de los dioses, al que el ejército heleno odia, al que las llanuras de Troya detestan.

Áyax se pregunta si podrá ir donde su padre, que esperaba regresara cubierto de gloria y regresa, en cambio, desnudo de honor. Podrá ir a Troya

y combatir solo para realizar una hazaña y por último morir, pero siendo así, procuraría el más grande gusto a los Atridas, lo que no es posible. Áyax debe encontrar un proyecto que evidencie a su padre que no ha nacido de él para ser un cobarde. Todo el ideario de la areté: nobleza, aristeia, honor, gloria, inmortalidad, se agolpan presionando su alma: el noble debe vivir con honor o con honor morir. Destruída su gloria, necesita morir. Su necesidad de muerte es el peldaño último de su areté.

La pregunta, qué motiva el odio de los griegos y de los dioses hacia Ayante, tiembla en el texto. Pero tanto La Ilíada, como la tradición troyana, como la poesía trágica, dan respuestas.

¿Qué motiva el odio de los griegos hacia Áyax?

Lo motiva la grandeza de alma del héroe, ser un aristoi, un megathimoi, y la miseria de los hombres incapaces de aceptarlo. Lo motiva, ser el más grande héroe griego después de Aquiles. El haber logrado el alto honor que le corresponde y se le reconoce, a la excelencia de la areté alcanzada. Lo motiva, el orgullo y la soberbia que la conciencia ética de su honor le provoca, y a la que tiene legítimo derecho.

La grandeza del héroe es motivo fecundo para la miseria del alma humana, para la envidia que sufre el bien del otro, y la injusticia, que sin ley escrita, arbitraria, sirve a la bajeza humana.

Pero, no obstante, se hace difícil entender esta reacción contra el héroe de parte de los reyes, los ejércitos y los griegos, sugerida ya en La Ilíada, ya que la excelencia lograda por Áyax, era la máxima aspiración a conquistar de todo el mundo helénico. Diseñada por la educación en un modelo de hombre superior, desde el arcano de los tiempos originales, había formado raza, mito, poesía, logos, e historia, para sí mismos y el mundo venidero, y se articulaba en la posibilidad de lograr la más alta excelencia a que podía alcanzar el hombre, modelo superior de Ser.

Y acaso, ¿no eran los reyes y príncipes y los caudillos de huestes, y los hombres sabios, prudentes y ancianos de sus cortes, los que educaron en la areté a sus descendientes y discípulos, procurando realizar el ideal de hombre superior que constituyera sus linajes? Y ahora, repugna reconocer el gran ideal hecho hombre en Áyax. Injusticia es la reprobación, a que la envidia induce, de lo que ha sido siempre excelencia y digno de honor y gloria. La envidia, generada por su propio honor y grandeza, aísla a Ayante y lo rodea de hostilidad.

¿Qué motiva el odio de los dioses hacia Áyax?

El mensajero que irrumpe en el escenario con el mensaje de Teucro y la profecía que interpreta Calcante, da respuesta. Dice la diosa:

Porque los mortales orgullosos y vanos, caen bajo el poder de las desgracias que envían los dioses, como aquellos que, naciendo de naturaleza mortal, no razona después como hombre (vv.757-761).

La diosa se enfrenta y castiga aparentemente el orgullo que el honor genera, “los mortales orgullosos y vanos”, y que el héroe ha expresado altivamente en algunas ocasiones; pero la causa es anterior, y preexiste. En realidad está castigando la excelencia alcanzada por el hombre, pobre mortal, “creatura de un día”, que osa sobrepasar su límite y elevarse a dimensiones que sólo pertenecen a los dioses.

La diosa reclama el límite donde el hombre debe detenerse; no le está permitido elevarse a mayor excelencia que lo descoloque del límite de su condición humana. El hombre, creatura mortal, debía permanecer en el confin que su naturaleza humana le fija, sin pretender traspasarlo en insensato e irracional afán que sólo le pertenece a los dioses: “nacido de naturaleza humana, no razona después como hombre”. Es el hombre sometido a su límite, el que exige Atenea; en cambio, el hombre que no siente el límite como destino, sino como meta a sobrepasar, es lo que es Ayante, y por eso, héroe. La diosa odia la grandeza de Áyax.

Las notas de la estatura heroica y aristocrática de Áyax se van amañando contra él bajo el poder de los dioses, en una red que lo aprisiona, sofoca y destruye. Así, la excelencia de Áyax que se había considerado como ideal máximo de honor y reconocimiento en la concepción de la areté, hecha por un pueblo extraordinario que concibió al hombre como creatura ilimitada, en su impulso ascensional de perfección que deviene en su dignidad; se ha transfigurado en motivo de exceso indebido, en übris y, por tanto, en censura en el ánimo poderoso y vengativo de los dioses.

La actuación de la diosa se dirige contra la areté de Áyax, ya que el castigo que le impone, la locura y el ridículo de la venganza, no va contra su orgullo, un sentimiento, sino contra su excelencia, su ser esencial.

La locura y su ridícula venganza, se dirigen a destruir su estatura heroica, su aristocrática apostura y continencia, el señorío sobre sí mismo, su porte noble en el actuar, su magnanimidad, ahora en cambio, irracional

y vociferante, furioso y descontrolado, delirante, ridículo y grotesco, crea una imagen que no da cuenta del Ayante homérico tantas veces cantado en La Iliada.

Áyax ha sido aprisionado en la contradicción moral que impide la justicia: la excelencia buscada como ideal educador, y lograda como honor en la existencia, y que debía ser reconocida necesariamente como derecho ético de la areté y base de la justicia, deviene ella misma, en motivo de ofensa a los dioses y de envidiosa provocación a la injusticia de parte del hombre.

Áyax es un megathimoi, tiene un alma grande. De la plenitud de la areté como unidad suprema de todas las excelencias, deviene el reconocimiento de la grandeza de alma como la más alta expresión de la personalidad espiritual y ética, que se funda en la dignidad de la areté. El honor es el premio de la *areté*, es el tributo pagado a la excelencia.

El esfuerzo humano hacia la perfección, como resultado de un amor propio elevado a su más alta nobleza, la φιλοσυτία descubre un yo, no como el sujeto físico, sino como el más alto ideal del hombre que es capaz de forjar nuestro espíritu, y que aspira a realizarse en sí mismo y en el que se encuentra implícita la más alta areté. Capaz de la subordinación de lo físico a una más alta belleza, se intercambia con la vida, lo que explica el poderoso impulso del hombre mortal hacia la inmortalidad, fundamento metafísico del afán de honor.

La muerte

Dice, Áyax:

Yo voy allí donde debo encaminarme (v.690)..

Áyax está a la orilla del mar frente al infinito desplegado. La soledad del héroe se siente casi concreta; está solo, en tierra extraña, lejos de su lar paterno, sin nadie, sólo él y la Muerte.

Ha preparado la espada aguzando su filo, la está enterrando en la arena fijada con buen cuidado para que cuanto antes le haga morir. Es el hombre, como Tecmesa lo ha dicho, que se afana por morir.

Pero antes, Áyax ora y se despide. Áyax, ora a Zeus primeramente, por una rápida muerte y el rápido rescate de su cuerpo por Teucro, evitando ser botín de perros y aves de rapiña; ruega a las Erinias el castigo para los Atridas, morir aniquilados por las manos familiares más amadas; ruega ninguna clemencia con el ejército; y a Hermes ruega lo haga dormir pronto...

Estremecedora poesía tiembla en el ruego de Áyax al Sol, para detener su recorrido cuando vea su tierra patria, y anunciar su desgracia y su destino a su ancianos padres. Clama a la Muerte, “¡Oh Muerte, Muerte, ven ahora a visitarme” (v.855), pero a la muerte le hablará cuando viva con ella en el Hades; en cambio se despide del “brillante día” y del “auriga Sol”, los saluda por última vez ya que nunca más lo hará de nuevo; clama a la luz, que nunca más verá después de habitar las sombras; al suelo sagrado de su tierra Salamina; a la sede paterna de su hogar; a la ilustre Atenas y su raza familiar; a las fuentes y ríos de la llanura troyana; a todos ellos les habla y les dice adiós, a ellas que han sido su alimento. “Esta palabra es la última que os dirijo, las demás se las diré a los de abajo en el Hades”(v.864-866), concluye Áyax, y se arroja a la Muerte.

Tiemblan las palabras de dolida poesía en los versos del poeta con que crea el terrible ser de la Muerte, a la que se está acogiendo el héroe: el desasimiento del hombre de la vida. El hombre parte, se va abajo a las sombras, desaparece, mientras todo queda: el sol seguirá girando la tierra en su carro; el día continuará iluminando con su luz; seguirá existiendo su tierra sagrada; su lar paterno y hasta las fuentes y ríos del valle de Troya perdurarán; pero él partirá, partirá... mientras los pájaros se quedarán cantando.

¡Con qué razón los dioses homéricos llamaron mortales a los hombres para designar su terrible destino!

La poesía logra abrir este insondable abismo del morir, desaparecer y hacerse nada; todo aquello que fue el gran latido de la vida: la inmortalidad.

Ya no pronunciará más palabras, hablará con los de abajo en las sombras del Hades. El, el invencible, el indómito, el potente, el de fiero corazón, el que nunca se lamentó ni pidió ayuda, ha quedado vencido por la vileza de la injusticia que mueve la envidia y aplasta lo excelso y merecedor de gloria.

Repetimos nosotros con Tecmesa: “El obstinado Áyax de funesto nombre, aquí yace muerto. ¡Oh, infortunado Áyax! Siendo cual eres. Los torpes no saben el bien que tienen, hasta que no lo han perdido”(vv. 965-966).

El entierro

Áyax, traspasado por su espada, yace junto al mar. Su muerte cierra la tragedia y consagra su eternidad.

La nota que corresponde a su estatura heroica, digna de la eternidad de la gloria, la ha tañido él mismo con su soberbia muerte: morir con honor. No necesita ya el reconocimiento de los otros; está por sobre cualquier justicia o injusticia, libre en la inmortalidad.

Está rodeado por los que lo han amado y lo lloran. A él llegan sus marinos, su mujer, su hijo, su hermano.

¡Ay has matado a la vez, oh señor, a este compañero de travesía, oh desgraciado de mí!

¡Oh desdichada mujer! (v.900-902), dice el coro.

Lo llora el mar, lame el aire sus heridas, la tierra bebe su negra sangre. El ámbito se va llenando del inmenso sacrificio.

También van llegando a él los que lo han odiado y afrentado. Llegan los Átridas a impedir que lo bajen a la tierra. Lo han odiado y perseguido en vida, lo siguen odiando y persiguiendo en la muerte para lograr el absoluto anonadamiento del héroe: “será pasto para las marinas aves” (v.1.065), ordena Menelao, último ultraje a sus despojos mortales. No sólo borrarlo en su valor, en su gloria, en su memoria, “porque no existiendo ya ese hombre, sino que es ya una sombra” (v.1257-1258), sino impedir entrar su alma al Hades, donde no podrá llegar sin sepultura.

La aparición de Odiseo cambia de tono y sentido la escena y repone el orden fracturado por la injusticia y sus consecuencias funestar.

Desde lejos oí el griterío de los Átridas
sobre el cadáver de este valiente (vv.1318-1319).

Ambos términos, “griterío”, referido a los Átridas, y “este valiente”, referido a Áyax, reponen el orden perdido. Se ha hecho la división necesaria entre justicia e injusticia. Áyax, es reconocido y defendido en su honor, y los Átridas han sido descalificados.

Odiseo debate y rebate a Agamemnon el sentido de justicia. Para éste, es acto arbitrario de decisión de una voluntad poderosa. Para Odiseo, es un principio absoluto; es un valor de natural y espontánea tendencia al bien basado en una conciencia ética.

Sófocles ha conducido su tragedia a definir el concepto de justicia, como la correspondencia entre un juicio y la verdad de bien o mal que un acto representa. En tanto que injusticia, la concibe como la violación de esta ineludible correlación.

Dice, Odiseo:

El valor puede en mí, más que su enemistad (v.1357).

Y, recomienda al rey argivo:

Que la violencia no se apodere de ti para odiarle
hasta el punto de pisotear la justicia (v.1335-1336).

Y, agrega Odiseo:

Yo no le respondería con injurias hasta negar
que he visto en él al más valiente de
cuantos argivos llegamos a Troya, después de Aquiles [...]
no es justo dañar a un hombre valiente si muere,
ni aunque le odies (vv.1336 y ss.).

Odiseo se impone ante Agamemnon, pero no lo reduce.

Agamemnon se retira de la escena soberbio e irreverente; pero Ayante reposará en la tierra y entrará al Hades, y sus restos serán honrados con los honores fúnebres que le corresponden como héroe y gran señor.

Ninguno fue mejor entre los mortales (v.1416-1417).

Pero muerto Áyax, ya todo es vano. Y aunque Odiseo aparece al final como personaje reparador de la justicia, en verdad, es la poesía quien repone la justicia.

El poeta trágico, poeta del corazón del hombre, le hace justicia a su héroe y lo vengá.

Su poesía ha hecho de Agamemnon y Menéalo, dos de las figuras más innobles y reprochables de toda la poesía trágica griega, y no en vano.

Por otra parte, el poeta trágico ha cogido al héroe yacente en sus brazos, adornado de su redondo escudo, de su lanza de larga sombra, nimbado por la luz de su honor y de su gloria, y lo ha entregado al poder eternizador de su poesía, que no muere cuando el tiempo acaba sino que arrastra en sus alados brazos al tiempo inventando la eternidad, desde donde tiembla Áyax en nuestra alma cada vez que la poesía lo invoca.

Bibliografía

SÓFOCLES, *Áyax*, Tomo II. Société D'Édition "Les Belles Lettres". 1985, París.

SÓFOCLES, *Tragedias, Áyax*. Editorial Gredos S.A., Madrid, 2000.

SÓFOCLES, *Dramas y Tragedias, Áyax*. Editorial Iberia, 1955, Barcelona.

I T E R
VOL • XVIII
ENCUENTROS

ISBN 978-956-7062-54-6

ISSN 0718-1329

La injusticia y la justicia en el *Áyax* de Sófocles

GILDA PANDOLFI SETTI

Resumen:

La tragedia de Sófocles va a plantear la tragedia de la grandeza humana, de la aspiración ascensional del hombre, el logro de su superior dimensión y la injusticia y el rechazo de inmortales y mortales, al salto más allá del límite que el hombre es capaz de dar.

Palabras clave: *areté* – honor.
reconocimiento – rechazo.
justicia – injusticia.
falsa venganza – deshonor.
muerte – eternidad.

*Injustice and justice in the *Áyax* of Sophocles*

Abstract:

The tragedy of Sophocles is going to state the tragedy of human greatness, of the upward aspiration of man, the achievement of his highest dimension and injustice and the rejection of immortal and mortal beings, to the leap beyond the limit man is able to make.

Keywords: *areté* – honor.
recognition – rejection.
justice – injustice.
death – eternity.



Imagen en portadilla: El suicidio de *Áyax*.